

## Movimientos sociales y acción colectiva en América Latina

Raúl Zibechi, Bilbao, 20 de noviembre de 2012

En las tres últimas décadas la actividad de los movimientos sociales (indígenas, campesinos, urbanos...) consiguieron modificar las relaciones sociales en casi todos los países de América Latina. Por un lado, abrieron espacios en las instituciones y alentaron a los gobiernos a democratizarse. En segundo lugar, en los propios movimientos la intervención de sujetos subalternos favoreció diseños organizativos más participativos y abiertos. Por último, pero quizá lo más importante, la impronta de la acción colectiva impacta en la vida cotidiana de modos muy diversos, que pueden resumirse en la ampliación de los espacios de participación, debate y organización de las personas, de modo muy destacado las mujeres y los jóvenes.

A través de sus diversas formas de acción y de sus múltiples espacios de intervención, los movimientos sociales de América Latina hicieron visibles a los oprimidos. Para ello fue necesario un largo proceso de partos, de auto-descubrimientos colectivos, de auto-organización al margen de lo que podían tolerar los Estados nación y las clases dominantes, dejando de lado incluso a las organizaciones instituidas del campo popular como los sindicatos y las izquierdas, aceptados en torno a la década de 1950 como realidades más o menos consolidadas en la mayor parte de los países de la región.

Los pueblos y sectores sociales ninguneados fueron saliendo del subsuelo de forma casi abrupta en los años 70: indios comuneros amazónicos que vieron sus territorios invadidos por multinacionales petroleras; indios esclavizados en las haciendas que saltaron las cercas para re-crear comunidades; campesinos que perdieron sus tierras por la modernización promovida por la revolución verde; migrantes urbanos que poblaron las barriadas periféricas construyendo otra ciudad más allá de la ciudad colonial....

Irrupciones con nombres que hicieron la historia de los de abajo: La Victoria 1957 y Villa El Salvador 1971 en Santiago y en Lima respectivamente; ocupación de la hacienda Macali en Rio Grande so Sul, en 1979; Manifiesto de Tiahuanaco en 1973 y Congreso Indígena en San Cristóbal de las Casas en 1974. Tres actores, urbanos, campesinos e indígenas, que marcan nuestra historia de medio siglo.

En las cuatro o cinco décadas siguientes no sólo salieron del subsuelo en el que habían sido marginados por los colonialismos sino que le cambiaron la cara sus sociedades y, pro lo tanto, las hicieron entrar en crisis ya que la estabilidad “democrática” y la gobernabilidad sólo eran posibles con el apartheid de las mayorías.

## LOS NUEVOS ACTORES-MOVIMIENTOS (1970-1980)<sup>1</sup>

AÑO	NOMBRE-PAIS	CARACTERISTICAS	OCESO
1970	ANUC-Colombia	Campesinos	----
1971	Toma en Villa El Salvador-Perú	Migrantes andinos	Mov. urbanos
1971	CRIC -Colombia	Indígenas Nasa del Cauca	ONIC 1982
1972	ECUARUNARI-Ecuador	Confederación quichua	Mov. indígena
1973	Manifiesto Tiahuanaco- Bolivia	Aymaras alfabetizados	Katarismo
1974	Congreso San Cristóbal- Chiapas	Todas las etnias. Iglesia	EZLN 1994
1977	Madres Plaza de Mayo-ARG.	Urbanos-DDHH-Jóvenes	Mov. sociales
1978	CUC-Guatemala	Campesinos-indígenas	---
1979	Ocupación Hacienda Macali-Brasil	Campesinos sin tierra	MST 1983
1979	CSUTCB-Bolivia	Campesinos-indígenas	
1980	MCP-Paraguay	Campesinos sin tierra	Mov. Campesino
1980	CONAIE -Ecuador	Nacionalidades indígenas	M. Plurinacional

Fuente: Elaboración propia

Con el paso del tiempo podemos evaluar los resultados de la irrupción de los subsuelos en tres claves de lectura: la apertura de espacios en las instituciones; la creación de movimientos que en los hechos son sociedades otras; y los cambios en la vida cotidiana.

Todo esto se ha conseguido a grandes rasgos en tres etapas que detallo brevemente:

- + pequeños cambios en las relaciones a escala micro.
- + grandes convulsiones sociales y políticas.
- + consolidación de lo nuevo.

Son tres momentos más o menos consecutivos. Primero se registran cambios micro, en la convivencia, en el modo de vivir, en la conciencia o forma de ver el mundo, incluso en los intercambios y la producción, eso que llamamos economía. recién después que se producen esos micro-cambios, aparecen los movimientos y se suceden levantamientos o grandes movilizaciones. Lo último que suele aparecer son los espacios institucionales.

Para poder observar los cambios producidos en los tres aspectos que menciono, hay que tomar en cuenta un tiempo largo, propongo que sea más o menos de medio siglo, en el cual se registra primero la creación de una multiplicidad de organizaciones nuevas (indias, campesinas y urbanas) hacia la década de 1970 y luego hacia los 90 un verdadero ciclo de luchas anti neoliberal que modificó el escenario político (ver los dos cuadros).

<sup>1</sup> ANUC: Asociación Nacional de Usuarios Campesinos; CRIC: Consejo Regional Indígena del Cauca; ECUARUNARI: Ecuador Runakunapak Rikcharimuy; CUC: Comité de Unidad Campesina; CSUTCB: Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia; MCP: Movimiento Campesino Paraguayo; CONAIE: Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador.

Veamos lo que sucedió:

### 1) Brechas en las instituciones

En general, los estados debieron crear instituciones para atender las demandas de las mujeres, de los jóvenes, los indios y los sectores populares. En algunos casos se han adelantado a la aparición de un sujeto colectivo que enarbole una demanda, pero ese no es el caso más común.

Algunas de esas instituciones se abrieron además a la participación de personas de los movimientos o a personas reconocidas por defender una cierta demanda. Esto no sucede por cierto en todos los casos, pero cada vez es más común que los institutos de las mujeres, por ejemplo, estén integrados por feministas militantes o que han tenido en algún momento alguna militancia en organizaciones sociales. Algo similar sucede en otros temas destacando la mención del movimiento indígena. Se han creado infinidad de instituciones, para la educación bilingüe, para la promoción de la cultura india, la medicina tradicional, las mujeres de los pueblos originarios, etc.

Es cierto que en no pocas ocasiones estas instituciones tienen por cometido principal la cooptación o domesticación de los movimientos antisistémicos. Esta es una política que ha sido impulsada por el Banco Mundial desde principios de la década de 1990, cuando el alzamiento indio del Inti Raymi en Ecuador (1990) y el Caracazo (1989) mostraron los límites sociales del Consenso de Washington.

Las políticas sociales se han perfeccionado, han conseguido ser cada vez más precisas y han llegado a adoptar enteramente los códigos y los modos de los movimientos sociales. Gracias a las políticas sociales los movimientos se han convertido en organizaciones. Éstas son instituciones creadas por la gubernamentalidad para el control de los gobernados. En ese arte de gobernar, las organizaciones de la sociedad civil, o bien organizaciones sociales, son una parte sustancial del proyecto de dominación, ya que sin ellas las políticas sociales no podrían implementarse, porque los funcionarios estatales actuarían a ciegas sobre una población desconocida, inasible, inerte. Las organizaciones sociales son las que dan forma a esa nueva plebe, jerarquizan una parte de sus miembros erigiéndolos en representantes o dirigentes; es decir, creando una camada de interlocutores “para” el Estado.

Las nuevas formas de gobernar, en las que las políticas sociales juegan un papel destacado, se relacionan y responden, a la vez, a las características de los movimientos nacidos en esta etapa, que se diferencian de los del período anterior en el cual los sindicatos ocupaban el lugar central. Los movimientos que protagonizaron la década de 1990 son de base territorial, representan a los excluidos por el neoliberalismo, a los desocupados, los sin techo, sin tierra y sin derechos, en suma a los que habitan el sótano de las sociedades, tienen una fuerte impronta cultural e identitaria, y un papel protagónico de las mujeres y las familias.

Esos movimientos nacieron en un marco de acumulación por desposesión y encarnaron la oposición al nuevo patrón adoptado por el capital, que puede sintetizarse en los postulados del Consenso de Washington: liberalización de los movimientos de capitales, desregulaciones, apertura económica, ajuste fiscal y privatizaciones. La novedad principal de la nueva coyuntura regional, consiste a mi modo de ver en que el

Consenso de Washington fue deslegitimado pero el neoliberalismo no fue derrotado. Por el contrario, la acumulación por desposesión –anclada en el modelo extractivista- se sigue profundizando en esta etapa a través de la minería transnacional a cielo abierto, los monocultivos de soja, caña de azúcar y palma, y del complejo forestación-celulosa. Estos emprendimientos, conducidos siempre por grandes multinacionales, se apropian de los bienes comunes -en particular agua y territorios- para convertir la naturaleza en mercancías (commodities) exportadas a los países centrales o emergentes como China e India.

Una segunda característica de la nueva gobernabilidad es que la acumulación por desposesión debe ser compensada, necesariamente, por políticas sociales, porque estructuralmente la hegemonía del capital financiero genera exclusión y marginalización de la fuerza de trabajo. Los emprendimientos mineros andinos, las cincuenta millones de hectáreas sembradas con soja y los cultivos forestales, casi no necesitan mano de obra, pero sí mucha agua que es devuelta contaminada con mercurio y agrotóxicos. El modelo extractivista, a diferencia del modelo industrial que necesita obreros en la producción y obreros en el consumo (o sea en la producción y en la realización del plusvalor), puede funcionar con máquinas automatizadas y robots, y no necesita consumidores ya que las commodities se venden en países remotos.

Por esta razón, una vez deslegitimada la era de las privatizaciones, el modelo extractivista debe ser pilotado por gobiernos progresistas, que son los más aptos para lidiar con la resistencia social ya que provienen de ella.

Pero aunque lo anterior ha dañado a los movimientos, ha creado enormes niveles de confusión al punto que ya no es posible distinguir entre movimientos y agencias estatales, esa política es de algún modo un reconocimiento de la importancia de los sujetos colectivos, de la impronta que tienen en la sociedad, y de modo muy particular entre los indígenas y los sectores populares urbanos.

## 2) La creación de movimientos

La nueva generación de movimientos nacida entre las décadas de 1970 y 1980 es portadora de modos nuevos y diferentes de organización y de acción. Se trata de millones de personas que comenzaron a participar en acciones colectivas y en espacios organizativos de los movimientos, dejando de lado la soledad de la vida individual y familiar para compartir con otros y otras. Es un amplio ejercicio de participación que se mantiene desde hace varias décadas. Debaten, intercambian, reflexionan y toman decisiones. O sea participan en espacios donde toman la palabra, se expresan y deciden, en un ejercicio democrático incrustado en sus vidas cotidianas.

Han democratizado el acceso a la tierra, la vivienda, los servicios, la escuela y al salud. Lo más notable es que en no pocas ocasiones lo han hecho en base a la autoorganización, sin esperar que las autoridades les concedieran lo que piden. Ellos se han puesto a hacerlo.

El MST ha conseguido 25 millones de hectáreas en las que viven 2 millones de personas en 5.000 asentamientos. Esas tierras antes estaban baldías, sin trabajar, mientras ellos y ellas estaban desocupados o habían perdido sus parcelas por el avance de la

mecanización. Democratizaron el acceso a la tierra. Y en esas tierras han construido con sus manos 1.500 escuelas para sus hijos y para los adultos que no han terminado el secundario.

Algo similar ha sucedido en las ciudades. Un tercio de la ciudad de Santiago de Chile era autoconstruida en terrenos ocupados cuando Salvador Allende llegó al gobierno en 1970. Ese año, el 50% de los habitantes de Recife y el 30% de los de Rio de Janeiro vivían en asentamientos populares, al igual que un 60% de los de Bogotá en 1969; el 49% de los de Guayaquil, el 40% de los de Caracas y 40% de los de Lima en ese mismo año (Castells, 1986: 249-250). Otro estudio revela los porcentajes de habitantes en viviendas autoconstruidas: el 60% de la población de Ciudad de México en 1990, el 61% de los de Caracas en 1985, el 31% de los de Bogotá el mismo año. Son millones de personas que han creado su propio espacio, pero además han establecido formas de sobrevivencia diferentes a las que provee el mercado.

En asambleas han decidido qué se cultiva en cada asentamiento sin tierra en contacto con especialistas, ingenieros agrónomos, que los aconsejan, y en asambleas en las periferias urbanas decidieron dónde se levantan los espacios colectivos, las escuelas, los campos deportivos y pospuestos de salud. Los sin tierra organizan el trabajo (puede ser en forma cooperativa, comunitaria o individual por cada familia). Eso supone debates, reuniones para tomar las decisiones por consenso.

Más aún: en las escuelas han decidido qué pedagogía es la más adecuada para que sus hijos aprendan y han creado lo que denominan la pedagogía de la tierra. Este es un avance de la democracia, un tipo diferente a la democracia electoral, es más la democracia que surge del hacerse cargo de la vida cotidiana: en la organización del espacio, en la producción, en la escuela, en la distribución de sus productos por cooperativas o en ferias campesinas.

Este ejemplo nos permite ver cómo la organización de una parte de la sociedad en movimientos tiene un poderoso efecto democratizador. Y este ejemplo del MST debe ser multiplicado por cientos: miles de comunidades indígenas, de campesinos, de sectores populares urbanos que construyen sus vidas, sus espacios, su dignidad.

En este sentido, creo que debemos hablar de una democracia de la dignidad frente a la democracia del voto. Entendiendo por dignidad la capacidad de auto-gobernar la vida, individual y colectivamente. Brevemente, quiero señalar tres aspectos de esa forma de vida:

Un siglo atrás las ciudades eran el espacio de las clases dominantes y de los sectores medios. Hoy esos sectores han sido desplazados o están cercados por los sectores populares. Dicho de otro modo, los de abajo están cercando los espacios físicos y simbólicos donde las clases dominantes habían establecido su poder. Los pobres de nuestro continente se afincaron en las ciudades, sin perder sus vínculos con las zonas rurales, y están en mejores condiciones para arrinconar a las clases dominantes. Estas han debido emigrar hacia otros espacios, atrincherarse en ellos porque –literalmente– temen a los pobres. Están rodeadas.

Mi hipótesis es que en el último medio siglo las periferias urbanas de las grandes ciudades han ido formando un mundo propio, que ha transitado un largo camino: de la

apropiación de la tierra y el espacio a la creación de territorios; de la creación de nuevas subjetividades a la constitución de sujetos políticos nuevos y diferentes respecto a la vieja clase obrera industrial sindicalizada; de la desocupación a la creación de nuevos oficios para dar paso a economías contestatarias. Este largo proceso no ha sido, a mi modo de ver, reflexionado en toda su complejidad y aún no hemos descubierto todas sus potencialidades.

El telón de fondo de este proceso de los sectores populares, es la expansión de una lógica familiar-comunitaria centrada en el papel de la mujer-madre en torno a la que se modela un mundo de relaciones otras: afectivas, de cuidados mutuos, de contención, inclusivas. Estas formas de vivir y de hacer, han salido de los ámbitos “privados” en los que se habían refugiado para sobrevivir y, de la mano de la crisis sistémica que se ha hecho evidente luego de la revolución mundial de 1968, se vienen expandiendo hacia los espacios públicos y colectivos.

La expansión de la mujer-madre es evidente en todos los movimientos sociales actuales. En algunos, más del 70% de sus miembros son mujeres que van con sus hijos, como sucede entre los grupos piqueteros en Argentina. Esto tiene consecuencias que van mucho más allá de lo cuantitativo. Forman parte de un mundo con una cosmovisión en la que las relaciones juegan un papel central, que incluye otra forma de conocer, de vivir, de sentir. Finalmente, en este mundo otro la fuerza motriz principal son los afectos: el amor, la amistad, la fraternidad. Sobre esa base se crea un sistema de relaciones económicas paralelo y externo a la economía capitalista de mercado.

### 3) Los cambios en la vida cotidiana o movimiento como deslizamiento

La lucha de clases no consiste solamente en los grandes eventos que se realizan a la luz pública (huelgas, manifestaciones, insurrecciones), sino que una parte decisiva de esa lucha se produce en la sorda resistencia cotidiana fuera de la visibilidad de las instituciones y de la sociedad. Esta lucha “sorda”, que para muchos resulta irrelevante, juega un papel crucial tanto para debilitar-desbordar el dominio del capital, como para preparar esos grandes eventos a los que tanta importancia concedemos.

Estos vienen básicamente de la mano de las mujeres y los jóvenes. La participación en movimientos actúa a través de millones de vasos comunicantes con las sociedades, en las que están insertos y a las cuales modifican cada vez más. Toman la palabra, hablan, por lo tanto existen. Ocupan cargos, ya sea en sus organizaciones o en las instituciones. Elaboran sus propios pensamientos, además claro de sus canciones, tejidos, historias...

Aparecen feministas que no se nombran feministas, feminismo comunitario y feminismo decolonial, mostrando ya en el modo de nombrarse su fuerte arraigo en las culturas otras.

Movimientos que son más que movimientos, porque al ser parte de relaciones sociales otras se convierten en sociedades en movimiento. Hablamos por tanto de colectivos de familias territorializados en los márgenes de la ciudad, del campo, de la acumulación de capital. Movimiento que no sólo demandan, exigen, sino que además re-producen la vida en base a relaciones sociales no capitalistas, o sea en base a valores de uso.

Esto es algo diferente a un “movimiento social” como lo entiende la sociología. ¿Qué es entonces movimiento social? ¿Tiene sentido seguir utilizando este concepto de neto cuño eurocéntrico? El movimiento no se distingue de la organización social ni por las formas de organización, ni por las demandas que enarbola, ni por los modos de trabajo (ya que hoy todos utilizan la educación popular), ni por la capacidad de ocupar las calles para protestar (aunque las organizaciones cada vez lo hacen menos). El punto clave es si el movimiento tiene objetivos propios o si sus objetivos los demarca el Estado, el mercado o cualquier instancia externa.

Ser movimiento es deslizarse de ese lugar asignado, deconstruirlo en situaciones de conflicto social, porque la clave de la acumulación de capital en este período es el control a cierta distancia, ya no la sujeción directa de los explotados y gobernados.

El actual vicepresidente de Bolivia, Alvaro García Linera, en su investigación *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, aborda el tema de en base a considerar las relaciones sociales que se ponen en movimiento durante la protesta: “En sentido estricto, la Csutcb es un tipo de movimiento social que pone en movimiento no sólo una parte de la sociedad, sino una sociedad distinta, eso es, un conjunto de relaciones sociales, de formas de trabajo no capitalistas y de modos de organización, significación, representación y autoridad políticas tradicionales diferentes a la de la sociedad dominante”<sup>2</sup>.

En su particular batalla por la descolonización del pensamiento, el geógrafo brasileño Carlos Walter Porto Gonçalves, quien trabajó durante años con Chico Mendes en defensa de los trabajadores de la seringa, sostiene que movimiento social es cambio de lugar, del lugar material y simbólico heredado<sup>3</sup>.

Nombrar lo que hacemos, lo que hacen los sectores populares, no es algo menor. Decidir si utilizamos un nombre acuñado por nosotros mismos o si adoptamos el que otros decidieron, es una cuestión de poder.

---

<sup>2</sup> Diafonía/Oxfam, La Paz, 2004, p. 130.

<sup>3</sup> *Geo-grafías*, Siglo XXI, México, 2001.